

Los gigantes de Pajonales

Le llamábamos señor García porque era una persona respetable y respetuosa. Su nombre era José García Moreno. Nacido en Fataga en 1903, vivió 95 años. Era un recio cumbbrero, de firmes convicciones, y un trabajador incansable. Casó en 1932 con doña María Antonia. Al año siguiente le contrataron como guarda forestal. 12 años estuvo en el pinar de Ojeda, luego pasó al de Pajonales y más tarde al de Cueva Grande de Tirajana. En 1959 volvió a Pajonales, donde estuvo hasta su jubilación en 1970. Dedicó, por tanto, 37 años de su vida a cuidar los pinares de la cumbre de Gran Canaria, viviendo siempre con su mujer y sus cuatro hijos en las casas forestales, en condiciones precarias y, a veces, angustiosas. Yo le conocí en 1965, gracias a la amistad que con él y su esposa había entablado mi hermano. Me impresionó su inteligencia innata y su rica experiencia de los beneficios de la naturaleza, que resumía con la frase “sombra de risco, agua de arena, leche de cabra y miel de colmena.” Sabía datar los pinos y calcular sus medidas, como si de sus hijos se tratasen. Él me enseñó los rincones y los secretos del bosque: Barranquillo Hondo, Montaña Negra, Morro Picón, Solapón de la Carnicería, La Degollada...En Morro Picón ví por vez primera a pájaros canarios en libertad, que alegraban con sus cantos la inmensa soledad, en sus idas y venidas de la fuente que había al fondo. Eran verdes por arriba y amarillos por debajo. En todo el pinar los pinzones azules eran innumerables. El señor García contaba a sus hijos y a los visitantes las leyendas de los gigantes que vivieron por aquellos montes, a las que hacen referencia los topónimos. En la cueva grande del “Solapón de la carnicería” tenían las grandes comilonas de carne de animales. En “La Degollada de los gigantes” estaban las tumbas de aquellos seres primitivos. “La Cueva de las Niñas”, que da nombre a la presa, era una especie de cenobio donde eran recluidas por un tiempo, antes de su casamiento, las hijas de los gigantes.

El guarda forestal de Pajonales estaba siempre en alerta, principalmente en los meses de verano y en los días de calima. Montado en su yegua recorría el pinar a diario, mañana y tarde, para prevenir y atajar cualquier incidencia. Le ayudaba un vigilante que en caso de fuego tocaba una corneta para convocar a los viveristas, peones de caminos y vecinos de los lugares cercanos. Con las herramientas elementales de sus trabajos ordinarios, pero con una rapidez asombrosa, hacían cortafuegos y abrían zanjas para impedir su propagación más allá del foco. Todos los años se limpiaba el monte y la pinocha se vendía a los empaquetadores de plátanos. Había un pacto no escrito de buena voluntad y tolerancia entre labradores, pastores y guardas forestales. Incluso, estos últimos hacían la vista gorda con los carboneros, que tenían en aquel oficio el único medio de vida. Todo un ejemplo de buena política, que posibilitaba el que todos considerasen el pinar como algo suyo y no como un enemigo incómodo.

El espantoso incendio de julio de 2007 no sólo ha devastado los pinares y su entorno, sino que se ha llevado para siempre los misterios y las leyendas del bosque. Tantas personas de tantos organismos e instituciones con tantos medios han sido incapaces de prevenir, controlar y apagar el fuego, olvidando que el pinar, para vivir y convivir con nosotros, necesita ante todo de amigos fieles, que lo conozcan y lo amen como el señor García.

(“La Provincia-Diario de Las Palmas”, 5 de agosto de 2007)

